



## LOS VOLCANES.

### CONVERSACION PATERNAL.

Un *volcan*, es como tu sabes, mi querido Pepito, una montaña que vomita fuego. Es de todos los fenómenos naturales el mayor y el mas terrible al mismo tiempo, y concibo, hasta donde llega tu impaciencia por saber sus espantosos efectos y causa misteriosa. Voy á procurar satisfacer tu justa curiosidad lo mas brevemente y con la mayor claridad que me sea posible.

Tus lecciones de geografia te han hecho ya conocer que existen tres volcanes principales en Europa, el Etna, el Vesuvio, y el Hecla, y cinco en América; pero seria equivocarse estrañamente inferir de ahí el número y la importancia de los volcanes esparcidos sobre la superficie de la tierra. El globo terrestre está como envuelto en una estensa cintura de montañas *ignívolas*, sea reunidas en grupos como en las islas Lipari, la Islanda, las Azores, las Canarias, las islas Sanwich, las de los Amigos y de la sociedad, sea formando una larga línea casi continúa de muchos centenares de leguas, como en las dos Américas, partiendo de la costa del Noroeste hasta la

punta meridional de Chile, desde el monte *San Elias* hasta *San Clemente*. El número de aquellos grandes hornos siempre encendidos, verdaderamente es espantoso, y asciende segun las indagaciones mas recientes á *quinientos diez y ocho* volcanes activos y *solfatores* (ó sulfúricos.) La Europa solo tiene catorce y el Africa treinta y uno, mas el Asia tiene ciento, la oceania ciento setenta y uno, y la América doscientos dos.

No podré mejor hacer comprender lo que es un volcan, que transcribiendo aqui los siguientes renglones de un escritor célebre. «Las montañas ardientes que llaman *volcanes*, dice el ilustre Buffon encierran en su seno el azufre, el betun y las materias que sirven de alimento á un fuego subterráneo, cuyo efecto, mas violento que el de la pólvora, y el rayo ha admirado en todo tiempo á los hombres, asustándolos, y desolando la tierra; un volcan es un cañon de inmenso volúmen, cuya boca tiene muchas veces mas de media legua; esta ancha boca de fuego vomita torrentes de humo y de llamas, rios de betun, de azufre y de metal derretido, nubes de cenizas y de piedras, y algunas veces lanza á muchas leguas de distancia masas de rocas enormes y que todas las fuerzas humanas reunidas no podrian poner en movimiento, el incendio es tan terrible y la cantidad de materias combustibles derretidas, calcinadas, petrificadas que la montaña despide, es tan abundante que sepultan las ciudades, los bosques, cubren las campiñas hasta ciento ó doscientos pies de espesor y forman algunas veces colinas y montañas que son solo un cúmulo de estas materias amontonadas. La accion de este fuego es tan grande, la fuerza de la esplosion es tan violenta, que produce por su reunion sacudimientos bastante fuertes para conmover y hacer temblar la tierra, agitar el mar, trastornar los montes, destruir las ciudades y los edificios mas sólidos aun á distancias muy considerables.»

Bufon ha trazado en estos elocuentes renglones la erupcion de un volcan, y sin embargo se ha quedado muy inferior á la realidad, porque en efecto en el tiempo que escribia no se sabia de la accion de los volcanes y de sus fuerzas subterráneas mas de lo que se habia podido averiguar estudiando los dos volcanes de la Italia. Hoy el Etna y el Vesuvio y este último sobre todo, pueden pasar á lo mas por modestas colinas, junto á los poderosos volcanes de Méjico y de Colombia, junto al *Pichincha*, que se eleva á cuatro mil quinientos metros, al *Popocatepeil* casi tan alto como el Vesuvio, el Etna y el Estomboli reunidos; al *Cotopaxi*, mayor que todos ellos y que superaria en altura el pico de Tenerife y el Vesuvio colocado uno encima de otro.

La forma exterior de los volcanes, en el estado actual del



globo terrestre, y en todas las partes del mundo, es habitualmente bien constante. Es la de una montaña cónica aislada, como el Vesuvio, el Etna, el Cotopaxí, y el Pico de Feyde.

Por lo regular estas montañas tienen abiertas en su cima una cavidad en forma de estanque, la que se llama *Crater* y es la chimenea por donde se escapa el humo, la boca que vomita las materias derretidas. Algunas veces la *lava* es demasiado pesada y compacta para subir hasta la altura del crater, entonces los costados de la montaña se desgarran con estrépito para abrir una salida á un torrente de fuego.

Después de la famosa erupcion del año setenta y nueve, que sepultó bajo una llanura de cenizas las ciudades de Estabia de Herculano y de Pompeya, permaneció el Vesubio inflamado durante mil años, y después pareció apagarse poco á poco. En mil seiscientos once, el volcan parecia haber desaparecido para siempre, varias habitaciones cubrian los costados del monte hasta su cima; un soto y bosquecillo habian invadido lo interior del crater. La erupcion violenta de mil seiscientos treinta y uno vino á destruir en un dia lo que habian hecho tal vez doscientos años de reposo.

Esceptuando los volcanes del Asia central, colocados á mas de quinientas leguas en el interior del continente, la mayor parte de los montes *ingnivomes* están colocados en las islas, ó muy cerca del mar. Los que mas se alejan hacen parte de la gran cadena americana de los Andes, y están situados á treinta leguas de la costa.

Ya te he dicho, Pepito, la prodigiosa altura de esos gigantes de la tierra, me será suficiente para acabar de darte una idea del poder enorme de los volcanes en general, citar algunos hechos esparcidos en la historia de los de América.

El Cotopaxi es á la vez el mayor y mas temido de aquellos volcanes de los Andes; y tambien es el que ha tenido esplosiones mas frecuentes, mas devastadoras. La Condamina ha demostrado que durante la grande erupcion de mil quinientos treinta y tres, piedras de doce á diez y seis toesas cúbicas, mas gruesas segun su espresion que una cabaña de indio, fueron arrojadas á mas de tres leguas de distancia.

El Vesuvio, por lo que dice M. Arago, no ha arrojado jamás piedras á mas de mil doscientos metros de altura. Cuando la esplosion de mil setecientos treinta y ocho, vióse lanzarse del centro una columna de llamas de novecientos pies de alto; durante la de mil setecientos cuarenta y cuatro, el rugido del volcan se oyó en la ciudad de Honda, distante doscientas leguas. El cuatro de abril de 1768, la inmensa cantidad de cenizas vomitadas por el Cotopaxi, obscureció el dia hasta el punto de que á las tres de la tarde los habitantes de las ciudades de

Hambato y de Tacunga no podían andar por las calles sin linterna. M. de Humboldt, que me suministra estos detalles, estaba en América en el momento de la explosión de enero de mil ochocientos tres, oyó desde el puerto de Guayaquil, á una distancia de cincuenta y dos leguas en línea recta, el ruido espantoso del volcan, semejante á descargas repetidas de una batería. Un fenómeno inaudito vino también á aumentar el horror y los desastres de esta erupción; en un solo momento la actividad del fuego subterráneo derretió súbitamente las nieves acumuladas en el espacio de veinte años sobre las faldas de la montaña. Seiscientas casas vinieron al suelo, el torrente se tragó de setecientas á ochocientas personas.

Los indios tienen leyendas fabulosas de la historia de esta maravilla de su país. Se vé por medio de los costados de la montaña una masa de porfiro que ellos llaman la *cabeza del Inca*. Este trozo de roca cuentan ellos se desprendió del volcan cuando la primera erupción, y presagió la caída del conquistador de Quito, del Inca Tupac Yupangui. Otros dicen que la explosión se verificó en el momento mismo que los españoles dieron garrote al Inca Ataluralpa.

No hay en toda la cadena de los Andes monte mas bello que el Cotopaxí, y cuando se vé de lejos aquel cono magnífico y de una perfecta regularidad envuelto en su capa de nieve, desprenderse sobre el azul obscuro del cielo de los trópicos, y lucir con un brillo que deslumbra á los rayos del sol que se pone, se olvidan sus estragos, y es preciso admirarlo.

Te he dicho, mi querido Pepito, una parte de los fenómenos prodigiosos que presenta la historia de los volcanes, me queda todavía que hacerte conocer los temblores de tierra, las alteraciones del suelo, las erupciones de agua y de vapor y la conexión de todos estos fenómenos entre sí. Réstame sobre todo decirte cual es el fuego que arde en los volcanes.—Otro día te hablaré de todas estas cosas tan instructivas, y que nunca debes olvidar.

## LA VIEJA.

No hace aun un año que mi suerte me llevó á Inglaterra, y me trajo perdido por espacio de dos meses entre el lodo y la niebla de Londres. No tube que sentir la pérdida de mi tiempo, ni



de mis pasos, porque me gustan los cuentos, tanto y mas que á vosotros, mis jóvenes lectores, y aprendí allá uno maravilloso é interesante.

Asistia por casualidad á una sesion de la cámara de los comunes, en el momento que esta acogia con indiferencia algunas peticiones dignas de mejor suerte á lo que entiendo. En una, me acuerdo, se reclamaba el rigor de las leyes contra los que se complacen en atormentar los animales domésticos. La peticion fue desechada, y Sultan, mi perro, que se habia introducido en el auditorio colocándose entre mis piernas protestó contra esta decision dando un triste aullido. Otra representacion mas legítima todavía denunciaba los malos tratamientos que se hacen sufrir á los aprendices de las fábricas ay! ella tubo la suerte de la primera. Un solo diputado, joven todavía, la apoyó con su elocuencia.

—Véase ahí, dije no muy bajo, un hombre guapo y un buen discurso.

—Tomal eso os admira? me dijo en mal inglés, un hombre del pueblo, que estaba junto á mí; luego no conoce usted la historia de Tom, el aprendiz?

Confesé mi ignorancia con la mayor humildad.

—Aun cuando no lo descubriese su acento, prosiguió aquel, no solo probaria, que el señor es extranjero, pues no hay, de treinta años á esta parte, una persona desde Londres á Birminghan, que no tenga los oidos cansados de esta historia.

Abria yo ya los mios para oir la narracion que esta introduccion prometia, cuando el que debia hacerla llamó para escuchar á un orador. Mas despues de la sesion, el aliciente de una botella de cerbeza, de la que le presenté un vaso, llamándole milord, hizo al buen hombre mas comunicativo.

Y de esta manera supe lo que voy á contaros.

Hace cerca de treinta años, que dos jóvenes esposos, recién casados, vinieron á establecerse en Birmingham, ciudad famosa en Inglaterra, por sus fábricas y sus manufacturas. Sir Lowel (este era el nombre del joven) huérfano y sin patrimonio, pero sobrino y solo heredero presunto de un gran señor millonario, todo lo habia sacrificado á su inclinacion por una joven señorita, rica solamente en gracias y en virtudes, irritado por este mal casamiento le repulsó, su tio le desheredó; pero Dios, mas indulgente, pareció aprobar este matrimonio. Un empleo en la oficina del Gerif puso desde luego á Sir Lowel á el abrigo de la indigencia con que el abandono de sus parientes le amenazaba y muy poco despues el nacimiento de un hijo vino á colmarle de alegría. Y verdaderamente habia motivo para alegrarse, porque este hijo era tan hermoso, tan gracioso, y se mostró desde temprano tan inteligente, que era una maravilla, y que se

habria tenido, viéndole y oyéndole, por el pupilo de la mejor y mas pródiga de las encantadoras. Creció pronto en ciencia y juicio, pero mi imparcialidad de historiador me obliga á añadir que no se dió prisa á crecer de otro modo. Era aun, pasados los seis años, de un cuerpo tan débil, y de una estatura tan chica, que sus jóvenes camaradas la llamaban por mofa, Tom-Pulgada, nombre de un pequeño personage aventurero, muy célebre en los cuentos de las nodrizas inglesas, y cuya fisonomía revela un pariente muy cercano de nuestro Pulgadilla. Salvo este inconveniente, todo era alegría en la casa, cuando una enfermedad fulminante arrebató á Sir Lowel en la flor de su edad, y con él las esperanzas de la familia. Sarah, la anciana aya, fue despedida, se vendió Rob Roy, el hermoso perro de Tierra-Nueva; los muebles del estrado desaparecieron uno á uno; y muy pronto de todos los adornos de mistris Lowel le quedó uno solo; aquel que las madres jóvenes lucen con mas coquetería, aquel del cual nada las puede separar; su hermoso niño. Mas este niño que causaba su alegría, era tambien causa de su inquietud. Sola y sin arrimo, como le educaria y mantendria? Ensayó muchas labores de aguja; mas los pedidos eran escasos, las ganancias módicas, y ademas la inesperienza de la joven viuda rendia su valor. Entonces pensó naturalmente en el tio del difunto, y fue temblando á llamar á la puerta y al corazon del viejo avaro, mas fue en vano y la humillacion que sufrió le apocó el ánimo para renovar la tentativa.

Una noche que la pobre viuda desalentada, los ojos fijos sobre su ociosa aguja, y sobre su obra interrumpida, se estremecia de espanto ante el porvenir como en presencia de un fantasma.

—Buena madre, dijo el pequeño Tom que la miraba hacia algun tiempo con inquietud, agachado á sus pies sobre un tapete, no estás triste, me ha ocurrido una idea.....Dios sin duda me la comunica porque fue exactamente á la hora en que acababa mi rezo.....Habia visto muchas veces á Periquito, nuestro vecino, traer los domingos á su padre el tegedor, dos chelines, (dos bellos chelines nuevos) que habia ganado como aprendiz trabajando en la fábrica de la plaza mayor; si yo fuese tambien á trabajar á la fábrica, traeria todas las semanas, como Pedro, dos bellos chelines, y tu trabajarias menos, y no te acostarias tan tarde por estar velando, mi buena madre!..... ¿qué dices?

Mistris Lowel, aunque admirando para sí la generosidad de su hijo, lo resistió primero y por mucho tiempo. Condenar al trabajo miembros tan delicados como los de Tom! su corazon de madre se partia solo con este pensamiento. Mas en fin la necesidad habló mas alto que su amor, y Tom renovó sus instan-



cias, haciéndola ceder. Desde el día siguiente, sin esperar á mas se hizo admitir y quedó instalado en el mismo taller que el feliz Pedro; y fue para él un día muy bello porque creía ver ya el chelin prometido brillando en el porvenir. No sabía, ay! á cuanta costa tendría que comprar este humilde tesoro! Los telares innumerables de que se componía la fábrica los movía, como de ordinario, una gran máquina de hierro y de encina, cuyos resortes, y cuya estructura no son fáciles de describir. Figuráos, si podeis, una mezcla y un movimiento continuo de tablones y de ruedas enlazadas, mordiéndose, chocándose, crujiendo, gimiendo, y estallando. Era para él que la hubiese contemplado largo tiempo y de cerca, un espectáculo que ensordecía, y aturdió. Esta máquina de una construcción ya muy antigua, siempre aceitosa, cubierta de polvo, y negra, representaba á la imaginación algo parecido á una *vieja* hechicera legañosa, de una *vieja* gomia que enseña los dientes, y por eso de tiempo inmemorial, y por un sentimiento supersticioso los obreros la llamaban la *vieja*. La principal ocupación de los aprendices consistía en primorosearla para la noche, es decir, limpiar pieza por pieza todos los resortes de la máquina en el momento que se paraba. Para esto tenían que doblarse sucesivamente en mil posturas bizarras y dolorosas, ya alargándose y arrastrando en su agujero como culebras, ya colgándose y saltando de rama en rama como los monos. El pobre Tom se resignó sin murmurar, mas no sin pena, porque no podía olvidar que había conocido días mejores, días en que vivía en el descanso y entre las caricias, en los que cada mañana, bajo la custodia de Sarah, y Rob-Roy, salía para ir á la escuela con una elegante blusa y cuello bordado, llevando al brazo un canastillo, cuyos transparentes juncos dejaban ver pan tan blanco y frutas tan bellas! Ay! el mandil de jerga había sucedido á la blusa de seda, el pan se había ennegrecido y las frutas eran menos; las caricias solamente no se habían disminuido, ni habían degenerado. Así, que dicha, cuando despues de un día de fatigas y de displicencia, volvía á ver en fin á su madre, y con la cabeza inclinada amorosamente sobre las rodillas ó el regazo de su madre, escuchaba las lecciones de la noche! porque ella empleaba aquellos momentos demasiado cortos para continuar por sí misma la educación interrumpida de su querido Tom: despues, terminada la lección, madre é hijo conversaban, como dos niños, de todo largamente y con placer, porque nada oculto tenían uno para el otro. Cuando digo nada; me equivoco; jamas ella le confesó que se consumía velando y trabajando mientras que él la creía dormida; y jamas, por su parte se atrevió él solamente á pronunciar delante de ella el nombre temible de Job-el-Garrote.

¿Quién era pues ese Job-el-Garrote?

Era, hijos míos, un hombrón muy alto, grueso y feo, que ejercía entonces (y Dios sabe como!) las funciones de contra-maestre en el obrador. El Garrote, era un apodo que le había atraído cierto barejón de tiempo inmemorial, barejón grueso y nudoso del cual parecía inseparable. El Señor Job, mientras no se había desayunado, pasaba con razón por el hombre menos ofensivo de los tres reinos; y verdaderamente daba gusto entonces de verle andar, su garrote en la mano, con la gracia y la dignidad de un orangután. Mas cuando los humos de la botella ó del *schuick* se le subían á la cabeza (lo que, entre parentesis, sucedía todos los días, por no decir nada de las noches), el señor Job dejaba de ser razonable; rodando entonces por el empedrado, como un tonel lleno se aporreaba contra las casas de izquierda á derecha, con riesgo de desfondarse y arrastraba en fin, jadeando y no sin dificultad, sus grandes piernas y su gran garrote hasta el taller, donde llegaba impaciente por devolver á cualquiera los bofetones que había recibido de las paredes. A falta de motivos para reñir y pegar, no le faltaban pretextos, y de improviso el formidable garrote entraba en ejercicio sacudiendo á la ventura por todas partes, sálvese el que pueda. Hubiérais visto entonces todos aquellos pobres chicos, los dientes crujéndoles de miedo, ocultarse y apocarse detrás de la *vieja* como los de la madre cigüeña, bajo su guarda-infante al acercarse la Paparrasoya.

Y ved aquí de lo que nuestro amigo Tom se guardaba bien hablar á su madre, porque él conocía bien que después de tal manifestacion no habría podido ella sufrir que continuase tan rudo aprendizaje, y se habría privado así de los beneficios, bien tenues todavía, pero preciosos para el momento, que empezaba á sacar de su trabajo.

Mas la casualidad descubrió su secreto. Un día que habían llovido los golpes como granizo en el taller, y que el pobre Tom había recibido su parte ó algo mas, mistris Lowel, después de haber velado y trabajado largo tiempo á su lado mientras dormía descubrió al inclinarse para darle el beso de despedida, señales recientes de cardenales sobre las espaldas de su hijo muy querido. Lo adivinó todo, y en su dolor se propuso morir antes que permitirle volver mas á la fábrica. Una parte de la noche la pasó llorando; y Tom al despertar él la encontró por la mañana durmiendo con un sueño agitado. En su inquietud, resolvió primero quedarse á la cabecera de su madre para prodigarle sus cuidados; después se acordó que era el día en que los operarios percibían su salario; reflexionó que algun dinero sería mas útil á la enferma que su presencia, y después de haberla confiado á los cuidados gratuitos de una vecina anciana,



salió como acostumbraba. No tengo precision de deciros que cada minuto de aquella mañana se le hacia un siglo. Cuando en fin oyó las horas del reposo, de un solo salto se puso desde el taller en la casa de su madre; mas no la vió como los otros dias correr gozosa á su encuentro, y esta circunstancia aumentó su inquietud. Asi levantó temblando el pestillo de la puerta y echó una rápida ojeada á la cama y al cuarto. Ay! sus vagos presentimientos parecian muy bien justificados: la cama y el cuarto estaban desiertos!.... Preguntó á los vecinos, mas las preguntas aunque unánimes tenian visos de mentira que daba miedo. Un anciano vestido de negro, decian haber venido á hablar reservadamente á mstris Lowel y se la habia llevado apresuradamente. ¿A dónde y por qué? Lo ignoraban. El pobre niño vió solo en este language un torpe disimulo para ocultarle una cruel noticia.

—Mi madre ha muerto, dijo para sí. Y pasó algunos momentos inmóvil y sin pensar, como acometido de la desesperacion; despues derramó lágrimas abundantes, y en fin se apoderó de él el mayor desaliento.

—Mi madre ha muerto, repetia, y á mí tambien me toca morir, pues vivia solo para ella. Sé bien lo que haré, le rogaré tanto y tanto al sepulturero que al fin me indicará el lugar donde la ha colocado. Iré por la noche á acostarme junto á su sepultura. La yerba del cementerio es tan alta y yo soy tan pequeño que nadie me verá ni me impedirá morirme allí de hambre. ¡Madre mia! mi buena madre, hasta la noche!

Despues como una resolucion firme, razonable ó errada calma el dolor, Tom se acordó de sus jóvenes camaradas. Reflexionó que su pequeño tesoro, inútil ya en sus manos, podia ser útil y causar alegría á los que tenian todavia una madre, y antes de ejecutar su fatal proyecto, corrió á distribuirles el puñado de monedas que habia recibido aquella mañana. Concluida su particion, Tom se acababa de acercar pensativo junto á la ventana, cuando de improvisó sus pensamientos y sus miradas que parecian buscar el alma de su madre en el cielo, fueron atraidos hácia la tierra por un gran ruido. Un coche elegante habia entrado en el patio, y salió de él una dama bella y adornada como una reina.

—Tom! perezoso! al trabajo! gritó en este momento el contra-maestre, con voz todavia mas ronca y con un gesto mas avinagrado que de costumbre.

Tom no respondió. Job enarboló su garrote y gritó mas fuerte. Pero aunque truenos y rayos hubiesen estallado entonces no los habria oido Tom, que estaba fascinado por una aparicion celestial, pues en aquella dama tan ricamente equipada, y para la cual en aquel instante un lacayo respetuoso bajaba

el estribo del coche, el que poco hace era huérfano habia reconocido á su madre !....

Y no se engañaba; era ella misma; los vecinos no habian mentido; un anciano vestido de negro habia venido con prisa á buscar á mistress Lowel que se encontraba mejorada de su indisposicion pasagera; mas no habian añadido, porque lo ignoraban, que aquel eclesiástico era un enviado de lord Blacford. Así se llamaba el anciano tio que habia, como os he dicho al empezar, desheredado al padre de Tom, y desoido las súplicas de su viuda. Largo tiempo perseveró en su rencor; mas hay una hora en la cual los malos tiemblan y se arrepienten; esta hora fecunda en metamórfosis es la de la agonía, y lord Blacford habia creido oirla sonar. Recientemente habia escapado de un ataque apoplético, que temia le repitiese, y tuvo un sueño, un sueño muy extraño.

Le pareció que se le resvalaban los pies hácia la orilla de un precipicio negro y sin fondo. En vano quiso retenerse asido de algunas plantas silvestres que pendian de la abertura; el oro de que tenia lleno los bolsillos entorpecia sus esfuerzos y tiraba de él. Despues se le apareció una muger bella y pálida como mistress Lowel, asomada al borde del precipicio. Tenia un niño en sus brazos y lloraba y sus lágrimas cayendo sobre el condenado calientes y pesadas como plomo derretido, añadian á la carga que tanto le pesaba ya, un peso nuevo é irresistible. En fin en el momento en que rendido por el cansancio y el terror, iba á desasirse y sentia ya, en una caída inmensa, silbar el viento en sus oidos, despertó dando gritos. Esta temible vision le pareció un aviso del cielo. Se propuso desde entonces disminuir diariamente ayudado por la beneficencia, el peso peligroso de sus riquezas y pagar con alegrías á la triste viuda las penas que él le habia causado. Desde luego como prenda de reconciliacion, exijió que compareciese en el instante mismo á su cabecera adornada cual convenia á su rango. Este era todo el secreto de la desaparicion de mistress Lowel. Su primer cuidado cuando se vió libre, fué llevar ella misma á su querido Tom la noticia de su comun dicha, mas cuando salia de su coche saltando de alegria y subia por la escalera de la fábrica, ignoraba la pobre madre, que en aquel momento el jóven heredero de lord Blacford tenia gran miedo y corria un gran peligro, perseguido por el garrote de Job. Ya un primer golpe evitado milagrosamente habia hecho al descargar un ancho desollon en el entarimado, y un segundo iba quizás á aplastar al delicado niño como si fuera una mosca.

—Que me matal gritaba Tom huyendo.

Mas como en vez de acudir á sus llamamientos, sus camaradas huian tambien



—Tú, al menos, buena *vieja*, dijo loco de espanto, alargando sus bracitos ácia la máquina, ten piedad de mí, defiéndeme.

Aquí, hijos míos, lo que me queda que decir es increíble; y sin embargo no hay cosa mas cierta; id sino á preguntarlo á Birmingham. La máquina de que se trata, de madera y de hierro, como todas las máquinas, no tenia ciertamente ni oídos para oír, ni corazón para apiadarse; mas Dios ácia el cual suben todos los ruegos, permitió sin duda que á la súplica de Tom correspondiese aquella como si fuese un ser inteligente y vengador. Sea como fuere, en el momento que Job persiguiendo á nuestro héroe, tocó titubeante dos gigantescas ruedas, cuyos dientes se encontraban, su mano dispuesta á sacudir fué cogida en el encage. El desdichado dió un fuerte grito de dolor. No habia mas que un medio de salvarle: separar el brazo del tronco. Pero cuando Tom, levantando con ambas manos un hacha, llegaba á socorrer á su enemigo la memorable *vieja*, que habia en un momento atraído y molido en toda su longitud el brazo de su víctima, tenia ya cogida la cabeza entre sus dientes de hierro.

Tom tenia muy buen corazón para no olvidar, en presencia de un castigo tan terrible los defectos de su perseguidor. Derramó algunas lágrimas, pero su madre las enjugó muy pronto, y desde aquel día gozan ambos una nueva existencia. Hace treinta años que pasaron esas cosas. Hoy el niño de entonces es un hombre. Recientemente electo diputado su voz era la única que defendía en mi presencia la causa de los jóvenes aprendices. Los hombres que hacen suerte, á lo que se dice, tienen la memoria escasa y el corazón duro; mas como lo veis sir Lowel, forma escepcion y en la cumbre de la opulencia, se acuerda todavía para dulcificarlas en los otros, de las miserias que conoció en otro tiempo.

## EL CODIGO DEL BUEN TONO.

—En qué piensas? preguntó D.<sup>a</sup> Basilisa á su nietecita Laurencia que le parecia aquel día mas distraída que de ordinario. Laurencia se estremeció y dijo mirando á su abuela con alguna irresolucion: mi buena mamá, pienso en una pregunta que tengo que hacer á usted y temo que usted se va á reir de mí.

Sin duda esa pregunta, repuso D.<sup>a</sup> Basilisa, debe parecer ri-

dicula á ti misma, pues tu no me crees capaz, á lo que imagino, de burlarme sin razon?

—Por supuesto que no, pero....

—Siendo así, habla pues, si alguien debe reir á tu costa, mas vale que sea tu abuela, que ninguna otra.

Al terminar estas palabras D.<sup>a</sup> Basilisa, echó sobre Laurencia una mirada tan tierna y tan indulgente que esta no pudo contenerse y abrazó á su buena mamá, que la estrechó sobre su corazon afectuosamente.

Era muy natural que D.<sup>a</sup> Basilisa amase tiernamente á su nieta, que habia criado, y era la única que le quedaba de su familia, justificando el caracter amable de Laurencia el cariño de su abuela. Varios reveses de la fortuna habian forzado á esta á retirarse al campo, donde habia habitado por largo tiempo sin mas compañía que su nieta y dos ó tres antiguos vecinos que venian por la noche á jugar su partida. Una herencia considerable, pero que se la disputaba, la habia en fin atraído de nuevo á Madrid. Durante su ausencia toda su tertulia se habia disipado; habia perdido de vista sus antiguos conocidos, y no habia por lo mismo recibido ó visitado todavia mas que los sujetos que se hallaban en relacion con ella á causa de los negocios pendientes ó por intereses: su banquero, su notario, su abogado. Ella habia conocido varias veces en casa ya del uno ó del otro, ó los habia recibido en su casa, y Laurencia habia así trabado conocimiento con las hijas de estos. El dia anterior, todas estas personitas habian estado reunidas en casa de D.<sup>a</sup> Basilisa, y mientras los padres conversaban entre sí, las jóvenes habian establecido en un rincon del salon un pequeño conciliábulo muy animado. Esto era lo que daba margen á la consulta de Laurencia.

—Buena mamá, prosiguió esta con mas resolucion, quisiera preguntaros, que viene á ser el buen tono?

—El buen tono, amiga mia, es una cosa bastante difícil de definir, pero á propósito de qué me haces esta pregunta?

—A propósito de una discusion, que hubo ayer entre Cecilia Duarte, la hija del banquero, y Julia y Matilde las hijas del escribano, discusion que se renueva al cabo cada vez que concurren juntas, especialmente cuando Luisa Pradeza, hija de su abogado de usted, se halla presente; porque con malicia hace que la conversacion recaiga siempre sobre el buen tono, divirtiéndose en oirlas disputar, y con frecuencia probándolas que ellas mismas se contradicen. En fin, ayer han apelado á mí, y como no sabia que responderles, han pretendido que usted, buena mamá que ha estado en otro tiempo en la corte, debe estar muy instruida en el capítulo de buen tono, de los usos, de las etiquetas que es necesario seguir para pare-



cer persona distinguida, y así que yo podría con la ayuda de usted, si tenía á bien contestar á mis preguntas, redactar las instrucciones que nos sirviesen de regla en las ocasiones.

Doña Basilisa se echó á reir.

—Esas señorítas, dijo, honran mucho mi ciencia; procuraré corresponder á la buena opinion que de mí tienen, aunque esta preocupacion continúa de lo que se llama buen tono, me haya siempre parecido demasiado pueril, y por lo tanto de un tono poco distinguido.

Tomado en general, el buen tono es respecto del buen gusto lo que es la ley respecto de la justicia; es decir, que es su fórmula y aplicacion. El buen gusto es el resultado de la reunion de una imaginacion fina, de un juicio recto, de un sentimiento delicado. Una persona naturalmente benévola, modesta, obsequiosa y atenta, tendrá siempre muy buen tono. A causa de la impresion que han hecho estas cualidades esparcidas por la sociedad, se han buscado al menos las apariencias. Así como lo ha dicho una literata célebre. «El buen tono enseña á los que nada saben distinguir, lo que diria ó lo que haria en tal ó cual circunstancia un sugeto que tubiese algunas sensaciones delicadas.

En mi juventud, es decir antes de la revolucion, el buen tono suponía ademas el conocimiento de un cierto número de expresiones, de usos, de fórmulas adoptadas en la sociedad; eran los signos por medio de los cuales esta especie de francmasoneria que se titula el gran mundo, reconocía á sus adeptos y que era preciso emplear so pena de ser escludido de ella sin misericordia, aunque por otro lado se tubiese todo el mérito posible. En aquel tiempo era permitido dar importancia á esa frívola instruccion porque la ignorancia en esta materia podia tener serias resultas y se destruía una existencia entera con estas palabras: Todo el mundo le ha dado con las puertas en la cara.» Sobre este asunto recuerdo una anécdota que contaba Madama Genlis y que esta no ha consignado en sus memorias.

«Cuando entré en el mundo, decia, tenia mucha timidez que el miedo de cometer alguna inadvertencia aumentaba tambien. La mariscalda de Luxemburgo era entonces el oráculo de todo lo que tenia relacion con el buen gusto y las buenas maneras y sus decisiones en este género tenían fuerza de ley. Para escapar de su censura, me puse bajo su tutela, habiéndome permitido ella que la interrogase, y cada vez que á propósito de algunos usos, me decia; eso se hace ó no se hace, jamás omitia preguntarla el porqué. Confieso que nunca estaba en autos y que sus *porques*, siempre especiosos, eran por lo regular ingeniosos y agudos. Sin embargo en cierta ocasion me asustaron as consecuencias serias que podían traer sus fallos. Habiendo-

me ocurrido elogiar á un sujeto recién llegado de su provincia, y presentado en aquella sociedad, el cual era bien nacido, tenía talento é instruccion, y era apreciable por su físico.

—No me habéis de él interrumpió la mariscala, con su tranquilidad desdeñosa, es una especialidad. (Esta era entonces la espresion de mas profundo desprecio.)

—¡Una *especialidad*! exclamé; pues lo creía un hombre de mérito.

—Eso puede ser, pero es una *especialidad*.

—Entonces llegó mi eterno estribillo. Pero madama por qué?

—Por qué? replicó la mariscala. Imagináos que la otra noche para pedir su sombrero, dijo: *mi Castor*. Un clamor ó mas bien una rechifla general acogió la denunciacion de este crimen: no se oían mas palabras, que *inaudito*, *horrible*, *monstruoso*, porque estas exageraciones se prodigaban entonces á todo propósito, como en sentido contrario, todo era *encantador* y *celestial*. Breve, el nombre de *Castor* quedó por apodo al pobre hombre que abrumado por este ridículo, no pudo volver á responderse, y fué desterrado de la sociedad como si hubiese sido culpable de una bajeza ó de una accion deshonorosa.»

—Que buena maneral exclamó Laurenciana; por haber dicho mi castor en lugar de mi sombrero?

—Si por cierto.

—Pues eso es muy absurdo?

—Seguramente. Mas ya he dicho que semejante palabra probaba que no se poseían los usos de aquella reunion y que por consiguiente no se estaba formado para entrar en ella, ó ser admitido.

—Pero, buena mamá, por qué es ridículo decir mi castor?

—No se si yo podré dar con la verdadera razon, porque en esta materia no tengo la erudicion de madama de Luxemburgo: la mas sencilla, creo, es que esta manera de hablar peca contra la lengua: no se debe decir *mi castor* por mi sombrero, asi como no se puede decir mi paño por mi casaca. Sin embargo, ese es un negocio del uso, y puesto que está permitido decir en la poesia el *hierro* por la espada, el bronce por el cañon, el lino por la tela etc. creo pues que esta proscripcion tiene tambien otras causas; asi una vanidad refinada evita hacer observar que las cosas que ella posee son de bella calidad, porque se supone que no puede tenerlas de otras; y la verdadera urbanidad se abstiene de indicarlo por el temor de molestar á los demás, que no están bien vestidos.

—De ese modo, mi buena mamá, hace mal una muger en llamar á su chal, mi *cachemira*?

—Ciertamente. Por eso se debe decir simplemente mi coche y no mi *tren* ni mi *landó* ect. No obstante, en la actualidad el



que se sirviese de alguna de esas expresiones no se haría cerrar todas las puertas. La sociedad está además tan dividida que lo que se critica en un salon, puede admirarse en otro; no hay pues que tener en cuenta otra cosa mas que lo que está prescripto por la decencia y el buen sentido; esto no es difícil. A medida que vayas viendo el mundo, observa, examina, recoge notas de lo que te agrada ó te desagrade, y por poco que reflexiones, muy pronto descubrirás la razon; entonces si quieres lo formularás en máximas y habrás así redactado tu misma el código del buen tono, de la misma manera que nuestros jurisconsultos tratan de redactado el código civil, es decir remontándose á los principios y formulándolos del mejor modo posible.

—Un código de buen tono prorrumpió Laurencia riéndose, la idea es graciosa quiero emprenderla para divertirme.

—Hoy vamos á pagar una visita á la señora de Duarte y es una buena ocasion para empezar tu curso de observaciones.

## FÁBULA.



### LAS UBAS Y LAS PIÑAS.

Con los dulces racimos  
Que de la vid pendian,  
En un pino enredadas  
Razonaban las piñas.

Todas al hombre damos

Sazonada comida,

Mas no premia igualmente

A quien lo beneficia.

Que á las piñas las quema

Y á las ubas las cuida,

Las guarda con esmero

Y aun pone las mas lindas

En vistosas fruteras,

En mesas esquisitas.

Luego es injusto el hombre

Pues valúa y estima

Dones que son iguales

Con desigual medida.

No hay tal, la vid responde,

Supuesto que mis hijas

Tributan voluntarias

El fruto que codicia.

Vosotras al contrario,

Que estais endurecidas,

Solo á fuerza de fuego

Dejais de ser mezquinas,

Y los piñones salen

Envueltos en cenizas.

Nunca olvideis, niños,

Esta leccion sencilla:

No el don, sino el afecto

A gratitud obliga.

Que dádivas forzadas

Finezas son perdidas.

Séd siempre cual las vides

Y nunca cual las piñas.

M.

LAS UPIÑAS

Con los dulces racimos  
Que de la vid penden,  
En un pino enredadas  
Razonaban las piñas.